

DESDE EL GALLO DE SAN CERNIN OLLARRA

## Paz sin guerra

Creo que con ETA es difícil hablar de paz. Paz, según la AE, aplicada a la definición a nuestro caso, es «el tratado o convenio que se concierta entre los gobernantes». Y aquí hay, por un lado, gobernantes, y por otro delincuentes. Los mil muertos que ha causado la banda no han luchado contra nadie; han sido vilmente asesinados por la espalda o les ha sorprendido una bomba en su pacífico vivir ciudadano. No hay paz con los ladrones, ni con narcotraficantes, ni con las mafias. Se les persigue, se les detiene, se les juzga y se les encarcela; y ahí se acaba la historia. Tampoco «el final de la violencia», en un estado de derecho, puede ser objeto de pacto, sino de más policía. Otra cosa será que ETA abandone las armas en un gesto unilateral. El Código Penal prevé eximentes para el que confiesa o se entrega.

Por lo que dicen unos y otros, ZP en las Cortes y los batasunos donde les place y hasta Ibarreche tomando vela en el entierro, el acuerdo está cerca. Se dan entendimientos al menos para la tregua. ETA va retrasando el final a su conveniencia, dejando al Presidente, día tras día, con la palabra, la esperanza y al descubierto. Dos ministros dicen que no habrá concesiones ni políticas, ni de presos, ni de territorio. Los batasunos aseguran que mantienen intactas sus condiciones: amnistía total e independencia con Navarra dentro, aunque parece que a Navarra, de momento, la dejan. Si cambia el Gobierno foral y socialistas y nacionalistas se hacen con el poder habrá más posibilidades. La pasada semana ETA ha puesto dos bombas, en Navarra y Vizcaya, cohetes para anunciar su fiesta.

«Sin víctimas», como repite ZP, para que les demos las gracias a los terroristas; o como detalle a las consideraciones que el gobierno tiene con ellos: presencia del PCTV en el Parlamento de Vitoria, ruptura del Pacto Antiterrorista, fuga legal de presos.

El viernes Zapatero recibió a las víctimas y en una reunión tensa que duró dos horas y media, el presidente se disculpó del error de no acudir al congreso de Valencia.

Las víctimas dejaron claro que para la paz exigen que haya vencedores y vencidos. Pocas horas antes, en el Parlamento de Vitoria, el PSE votó contra la «derrota incondicional de ETA» e hizo posible un acuerdo de Aralar que declara «una paz sin vencedores ni vencidos». Es decir, que López y sus socialistas están con los terroristas y contra las víctimas. Por otro lado, miembros del Gobierno de la nación no paran de echarnos mentiras. Un día ZP nos anuncia el principio del fin de ETA y luego nos dicen que no están hablando ni han autorizado contactos. Quizá los socialistas vascos, no los que ZP tiró por la borda, están más cerca de Eguibar, para quien ETA es «una organización política», que de María San Gil.

Todos deseamos de corazón que la tranquilidad de vivir vuelva a estos pueblos nuestros, no sólo con la desaparición de ETA, sino con la consideración debida, por parte del Gobierno nacionalista, a los ciudadanos que no hacen una vida normal porque sufren las consecuencias de sentirse españoles. Cese de la violencia, física y moral, pero tampoco a cualquier precio, dejándonos con la indignidad, después de treinta años de sangre y miedo, de tener

que levantar los brazos ante los verdugos.

El tropiezo pequeño, pero importante, que pueden tener los pacificadores pasteles, son las víctimas del terrorismo. En Valencia ha quedado claro que ni ETA ni ZP van a jugar con ellos y tendrán que contar con las víctimas, que tampoco están con ningún partido y únicamente defienden su dignidad y la de sus muertos.

La solución definitiva no podría ser otra que acercar a los dos partidos mayoritarios, nacionalistas aparte, y volver al pacto que tan buenos resultados tuvo contra ETA. El Príncipe reclamó, frente al enemigo común del terrorismo, firmeza que no será posible sin la convergencia del PSE y el PP en la política y la acción, que eso queremos la mayoría de los españoles. Será difícil porque los socialistas precisan de los soberanistas para seguir gobernando y su afán es perpetuarse en el poder a costa de cualquiera, cediendo del común lo que haga falta, sin reparar en ideología ni en el sentido de patria. Es como resucitar el 36 y volver al odio entre españoles, rompiendo la paz tácitamente pactada y el perdón mutuo y necesario, alcanzados en la transición.

El Congreso de Valencia, al que ZP no tuvo el valor de acudir, ha servido para prácticamente unificar los fines de las distintas asociaciones de víctimas.

Para reforzar las conclusiones de Valencia, la AVT ha convocado una manifestación en Madrid para el próximo día 25, con el lema «... ¡En mi nombre, no!». El acto se justifica por la errática política del Gobierno, la ruptura del Pacto, una ETA envalentonada, los homenajes públicos a asesinos, los menosprecios a las víctimas, etc, etc. Es incómodo vivir en este confucionismo en que el Gobierno nos tiene, sin noticias de sus trapos con batasunos y etarras cuando iba a ser todo claridad y transparencia.

LA VENTANA



JUAN GRACIA ARMENDÁRIZ

## Fútbol fronterizo

COMO todo deporte, el fútbol es cauce para catarsis colectivas, memoriales de agravios y ajustes de cuentas. Argentinos e ingleses se enfrentan en el terreno de juego para dirimir sus diferencias como si el césped del campo fuera la tierra inhóspita de las Malvinas. Ese paisaje sigue al fondo de las apelaciones a la providencia de la mano del dios Maradona, cuyo celeberrimo gol a la selección inglesa pareció la respuesta al hundimiento del Belgrano en las islas Falklands. Por su parte, los franceses cantan la Marsellesa como si a continuación fueran a batirse en las llanuras de Mont-Saint-Jean. En un país como España, cuyo himno sólo se tararea y el uso de la bandera está restringido al cumplimiento de la legislación vigente, el fútbol de la selección resucita ímpetus nacionales restringidos a íconos de escaso poder persuasivo: Manolo el del bombo, el toro de Osborne y la hinchada de la fiel infantería, cuyos afanes naufragan puntualmente en cada cita futbolística. Pero no nos importa; al fin y al cabo somos un país tan posmoderno que a nosotros no nos alcanza la infección del orgullo patrio que afecta a otros países. También nos causa mucha risa el pueril nacionalismo norteamericano, con mano al pecho y bandera de barras y estrellas en el porche del jardín. Sin embargo, ahora los estadios de fútbol españoles empiezan a ser reflejo de un patriotismo de segunda regional no menos cejijunto que el que pueda exhibirse en cualquier campo de béisbol de Iowa, pongamos por caso. La diferencia es que aquí los símbolos de nuevo cuño se esgrimen con la intención de atizárselos al vecino, a quien la política ha transformado en enemigo. En el Camp Nou se canta Els Segadors con un narcisismo comparable al paroxismo patriótico de la final de la Super Bowl. En respuesta al alegato de los denominados «Països Catalans» y su independencia en el campo del F.C. Barcelona, unos aficionados del Valencia C.F. exhibieron una pancarta con los siguientes lemas: «Una Tierra, un Reino, una Bandera, una Lengua, un Escudo». Ahora El Sadar se llama Reyno de Navarra, con esa y griega arcaizante, como una vieja espada. Sólo falta saber contra quién hay que esgrimir, si contra el Real Madrid o contra El F.C. Barcelona; el Athletic de Bilbao o el Zaragoza. Elijan adversario, y a por ellos, oé.

## La polémica sobre las listas de espera

Fernando San Miguel y Carlos Sotelo, Institución Futuro

La sanidad Navarra vuelve a ser objeto de debate. A los comentarios ocasionados por las visitas de Carlos Chivite a los Centros de Salud, se ha unido la polémica en el Parlamento sobre la situación de las listas de espera. Como ha señalado el PSN, las listas se han incrementado notablemente en los últimos cinco años. El Gobierno afirma que el aumento es debido a que el Servicio Navarro de Salud tiene que atender a 50.000 ciudadanos más, por lo que el incremento hay que valorarlo en términos proporcionales y no absolutos.

Ambas partes tienen su cuota de razón. Sin embargo, no es oportuno debatir sobre las listas u otras cuestiones del sistema sanitario en clave estrictamente partidista y con un planteamiento coyuntural. Se necesita una reflexión más profunda y a largo plazo para encontrar soluciones estructurales que nos permitan reducir las listas de espera de forma permanente. La Institución Futuro realizó el año pasado un análisis sobre las listas de espera en La Rioja, por encargo de su Gobierno. Aunque el informe tiene carácter confidencial, sí podemos aplicar al caso de Navarra algunas de las reflexiones que manifestamos en ese estudio.

La información sobre listas de espera no está amparada por un concepto claro de ellas. En la información que recogen las Administraciones Públicas acerca de este asunto, los datos no son siempre homogéneos. A menudo, cada hospital tiene su propia idea de lo que entiende por espera. Si no se trabaja con una misma definición de lista, resulta difícil que la información obtenida proporcione una visión exacta de este apartado del sistema sanitario. Y más allá, da lugar a que los datos puedan ser manipulados por inte-



reses políticos y se genere un innecesario descontento ciudadano. La recogida de incidencias en las listas debe guiarse por criterios unitarios.

Por otra parte, no parece adecuado que la polémica se centre en el número absoluto de personas pendientes de atención. Lo fundamental aquí es el tiempo medio que han de aguardar los ciudadanos hasta que son atendidos. Es en este aspecto en el que cabe comprobar si el sistema avanza o retrocede realmente, con el fin de mejorar los esfuerzos. El que haya listas de espera es inevitable, puesto que se trata de un mecanismo de ajuste entre la oferta y la demanda. Representa el precio que los usuarios de la sanidad pública deben pagar por ser atendidos. El número de pacientes en espera aumentará si se incrementa la demanda y no se sube la oferta asistencial. Como las listas no van a desaparecer, lo esencial es tomar decisiones para que se mantengan en márgenes aceptables, tanto desde criterios médicos como de satisfacción de los ciudadanos. Al mismo tiempo, han de tomarse medidas que consideren el

aumento natural de la demanda por los cambios en la población, como el crecimiento y el envejecimiento.

No nos parece acertada la iniciativa de someter el control de las listas a una proposición de ley. Es bueno que el Parlamento muestre su preocupación por el bienestar social, pero tratar de gestionar la espera a través de una ley presenta más valor simbólico que eficacia real. De algún modo, y salvando las distancias, equivale a creer que todos los españoles vamos a disponer de una vivienda porque nos lo garantiza la Constitución.

La solución, por tanto, pasa por el diseño e implantación de políticas públicas ambiciosas y de carácter estructural. Las medidas propuestas por el Servicio Navarro de Salud se basan en una mera mejora coyuntural de la oferta de servicios, con el objetivo de frenar el crecimiento de las listas en los últimos meses. De hecho, tiene previsto evaluar dichas medidas durante el mes de junio y decidir después si las mantiene. Nos parece difícil que en tan corto período de tiempo puedan valorarse bien los beneficios de las mejoras introducidas. Por otra parte, los expertos han comprobado que las reformas puntuales suelen producir reducciones de la lista de espera en el corto plazo, pero no en el largo plazo.

A nuestro juicio, hay que considerar fórmulas que en vez de dotar de más recursos al sistema, apuesten por gestionar mejor los existentes. En otros lugares han tenido éxito quienes han aplicado planes de flexibilización de la actividad y de externalización de determinados servicios. Estas estrategias han permitido combatir el aumento de las listas de espera con eficacia. La Institución Futuro recomienda que también se pongan en práctica en Navarra.

